

Preámbulo para el discernimiento ignaciano

Pedro M.^a Mendoza Busto

Antes de introducimos en las claves de discernimiento según nos indican las Reglas de discreción de espíritus que nos propone san Ignacio [Ej 313-336] y que se irán ofreciendo en una serie de *Ayudas* en esta sección, conviene tener en cuenta unos preámbulos al modo ignaciano, que será el contenido de este artículo.

1. El discernimiento no es solo una actividad espiritual, sino que primeramente es una *actividad humana*; es decir, tiene un carácter principalmente antropológico. El discernimiento entendido así es un proceso que enlaza una serie de operaciones internas tales como la *percepción*, que es la forma en la que el cerebro humano interpreta las sensaciones que recibe a través de los sentidos para formar una impresión inconsciente o consciente; la *emoción* que subyace a esta; el *entendimiento* como proceso cognitivo-reflexivo y cuya actividad queda retroalimentada con las anteriores; la *decisión* tomada, fruto del impacto que ha ocasionado hasta ahora este procesamiento en el sujeto; y por último, la *acción*, la articulación de esta decisión determinada por cada uno de estos procesos. Este conjunto de *operaciones* que forman parte de toda actividad encaminada a tomar una decisión y articularla, se da en el discernimiento espiritual.

Un ejemplo que puede concretar todo esto aparece en una situación típica de una persona con una exigencia y responsabilidad cada vez mayor en el ámbito laboral, que repercute en una mayor valoración profesional, pero también en menos tiempo con la familia o con la comunidad, o con uno mismo. En esta situación se da una *percepción*: el ritmo elevado de trabajo está repercutiendo en la vida. Y esta impresión que hace el sujeto genera una serie de *emociones* que en este caso son ambivalentes: cansancio afectivo, preocupación, inquietud, a veces vacío interior, incluso tristeza o culpabilidad; pero también puede sentirse orgulloso, entusiasmado, aceptado, respetado. Este material perceptivo y emocional entra dentro de un

proceso reflexivo para conocer mejor, valorar y tomar una *decisión* adecuada que tenga en cuenta todos los movimientos internos y las repercusiones que conlleve la articulación de esta decisión: o permanecer tal y como está en su vida profesional y personal, o hacer algunos cambios, y qué tipo de cambios. Como vemos, en todo discernimiento se dan estas operaciones de carácter humano o antropológico.

2. El discernimiento de “espíritus” o de “inspiraciones” no es algo original de san Ignacio, sino que lo encontramos ya en el Nuevo Testamento, particularmente en san Pablo. Es éste quien utiliza por primera vez el concepto *discernimiento de espíritus*, en 1 Cor 12,10. En los sinópticos, aunque sin un término que lo especifique, la realidad del discernimiento consiste sustancialmente en reconocer en la persona y en la acción de Jesús el poder del Espíritu de Dios y la derrota del espíritu del mal. Jesús es signo de contradicción (Lc 2,34) y, por tanto, objeto de discernimiento.

Con posterioridad, encontramos ciertas sistematizaciones de la práctica del discernimiento en documentos de los primeros padres de la Iglesia. San Ignacio de Loyola, de un modo magistral, recoge las aportaciones más importantes de esta tradición eclesial, las organiza y nos ofrece una estructura, según un orden que parte de su experiencia personal. Esta es la originalidad del discernimiento ignaciano.

3. La condición de posibilidad de todo buen discernimiento es una obviada: Dios es ante todo comunicación y nos ama de tal modo que quiere comunicarse con nosotros (...*que el mismo Creador y Señor se comunique a la su ánima devota, abrazándola en su amor y alabanza [Ej 15]*). Esto, que es un acto de fe, es una creencia fundamental de la que hay que partir. Dios actúa en la historia. Por esto, todo discernimiento queda herido de raíz si situamos la mirada antes en los medios (cómo se organiza y planifica el discernimiento) que en el fin (orar el Misterio de Dios). Tenemos la experiencia de que solo desde Dios vemos mejor y solo desde Él elegimos mejor.
4. El modo que tiene Dios de comunicarse y de actuar en la historia en ocasiones nos sorprende. Al Señor se le conoce mejor desde la paradoja: la elección por un pueblo frágil y pequeño como Israel (Dt 7,1-8a) o la opción de Dios por Belén (Lc 2, 1-40). La *contemplación de la Encarnación [Ej 101-109]* es un reflejo de lo dicho: la *mirada* de la Trinidad que queda *afectada* por la humanidad, el *dinamismo de solidaridad* con esta historia más vulnerable, y una

decisión, que lleva implícito el verbo *bajar*, *encarnándose* en la vida. Esta dinámica de la Encarnación, paradójica y sorprendente, forma parte de todo proceso de discernimiento y necesitamos partir de ella e insertarnos en su dinamismo.

5. El Espíritu de Dios no solo se comunica en los tiempos y espacios típicamente espirituales, sino *en todo* [Ej 233]. *Todo tiempo y todo espacio* son lugares teológicos, ámbitos del encuentro con Dios. Y en esta comunicación divina, el Creador tiene en cuenta a su criatura tal y como es, con su cuerpo y con su espíritu, con su gracia y su pecado, con su estructura psicológica, con su historia, con su momento actual y con el futuro soñado que le espera.
De este modo, si Dios se comunica con su criatura teniéndola en cuenta, quiere decir que hay una continua retroalimentación entre vida espiritual y vida cotidiana. No hay en el *subjecto* dos ámbitos desligados, vida espiritual y vida cotidiana, sino que se determinan mutuamente y se refuerzan o se aminoran entre sí.
6. Discernir es percibir cómo es el paso del Espíritu de Dios por la vida del sujeto. Discernir es cribar, separar las huellas del Dios verdadero de las huellas de otros dioses. Discernir alude a cultivar una sensibilidad que nos lleve a captar, con hondura y lucidez, el lenguaje propio que Dios utiliza con cada uno y discriminarlo de los lenguajes tan atractivos que proceden de ámbitos que separan de Él y de su Reino.
7. Por tanto, el discernimiento no es solo un recurso, una técnica, una serie de reglas que nos dan claves para descubrir en un momento concreto la voluntad de Dios y cumplirla. El discernimiento es sobre todo un talento, un estilo de vida interior que define a quien lo vive como persona de discernimiento. Es una actitud de fondo que nos hace vivir la vida y nuestra relación con Jesucristo y su Evangelio de un modo más connatural.
8. Esta actividad antropológica y espiritual que comporta el discernimiento parte a su vez de un rasgo distintivo de todo ser humano: *su carácter dialéctico*. En la vida de toda persona hay dos fuerzas en lucha que tiran de ella hacia abajo o hacia arriba. Es el famoso combate espiritual que configura toda relación con Dios y que está presente en todos. Dado este dinamismo humano, una tarea básica que implica a todo cristiano es, “*estad atentos y vigilad*” (Mt 26,41) para que no pase inadvertida en nuestra vida la presencia del Dios del consuelo, y vigilar con lucidez para no ser engañados por tantos dioses que quieren asumir el puesto del Dios verdadero.

9. Pero vivimos en un contexto social y cultural (incluso espiritual) que no hace fácil vivir desde estas claves previas a todo discernimiento. Porque se requiere *tiempo* prolongado (*cronos*) y tiempo oportuno (*kairós*), algo de silencio exterior, cierto *silencio interno* que genere introspección y se requiere una *mirada honda* que transite desde la superficialidad de la realidad para adentrarse en el misterio que todo lo invade.

Una de las dinámicas que impide esta actitud de discernimiento es el *acelere vital* en que nos movemos. Es evidente que vivir así es una dificultad grande para tener una experiencia interior de cierta hondura, una dificultad para estar en la vida con profundidad y con alegría serena. El *acelere vital* pone impedimentos a la atención o al cuidado de las dimensiones importantes de cada uno, las que constituyen el “fondo” de nuestra vida.

10. De aquí que la llave de entrada para acceder al discernimiento es habilitar tiempos y espacios para *mirar nuestra vida despacio*. «Si te quedas mirando largamente... verás y sentirás que cuando miras... en ti la vida se entrecruza y canta, y que todo es sagrado», dice el poeta Eloy Sánchez Rosillo.

Una de las herramientas ignacianas que facilita tener un tiempo y un espacio para *mirar largamente* es el *examen ignaciano* [Ej 43]. No hago un análisis de esa herramienta porque se ha escrito mucho y muy bueno en este apartado de *Ayudas*; pero quiero recordar que no es una autoevaluación ante un código moral de comportamiento o ante la imagen ideal del yo para ver si hemos dado la talla; la pregunta esencial que recorre el examen no es *¿cómo he estado yo en este día?*, sino *¿cómo has estado Tú, Señor?* Por eso, es un ejercicio que nos adiestra para percibir cómo Dios actúa en la historia más concreta, nos sensibiliza a su estilo y lenguaje y configura la vida desde la clave central de la gratuidad y el agradecimiento, actitudes esenciales de todo buen discernimiento.

En las posteriores *Ayudas* haremos mención de la práctica del discernimiento desde los números de los Ejercicios que constituyen las reglas de san Ignacio.